

Tirlemont, Dendermunda, Ondenarde y otros pueblos de menor importancia. Los que le abrieron sus puertas, se rescataron con dinero: los que se resistieron, fueron entregados al pillaje.

Se vieron de este modo los Países-Bajos teatro de cinco ejércitos beligerantes. Por el Norte infestaba las costas y los pueblos marítimos el conde de Lumey con los sublevados holandeses: por la frontera de Francia habia invadido el conde de Nassau: por la de Alemania el conde de Berges en auxilio del príncipe de Orange: por la del Oriente este caudillo en persona con las tropas que llevamos indicadas, y en el medio, haciendo frente á todos el duque de Alba con sus españoles y demas tropas que servian bajo las banderas de la España.

No es difícil imaginarse los desórdenes y excesos de que el país seria teatro en un conflicto de pueblos tan divididos en opiniones y creencias. Cada historiador debilita ó agrava los colores del cuadro, segun el espíritu de nacion ó de partido á que pertenece, pues una imparcialidad exacta es difícil y hasta imposible de encontrar en los que refieren acciones de los hombres. Se escribió mucho en su tiempo de las exacciones y crueldades cometidas por los del príncipe de Orange, del saqueo de las casas, del robo de los templos, de la profanacion de las imágenes, en fin, de la repetición de cuantos excesos en este género se cometieron en tiempos anteriores. A excepcion de las profanaciones de los templos, no se distinguan menos los católicos en actos de crueldad y de barbarie, aunque algunos los quieren presentar como justos castigos y actos de permitidas represalias. La guerra ya acompañada siempre de horrores que no pueden evitar los mismos jefes animados de otras miras, y muchas veces el que se presenta con pretensiones de libertador, suele ser un azote, no por lo que él mismo hace ó manda hacer, sino por lo que se vé precisado á permitir por lo duro de las circunstancias. Es probable que el príncipe de Orange no quisiese hacerse odioso en un país cuyas

simpatías tanto le interesaban; pero escaso de dinero, con tropas extrañas sedientas de botin, no debe parecer extraño que diese en ocasiones rienda suelta á la codicia de la soldadesca.

Como era su objeto principal hacer levantar el sitio de Mons, donde estaba encerrado el conde de Nassau, no perdió tiempo en trasladarse á las inmediaciones de la plaza. Mas la tenia cercada en persona el duque de Alba, y habia elegido y fortificado con tanta maestría su campo, que le fué imposible al de Orange desposesionarle de él, operacion que debia preceder á su empresa de librar la plaza. La batalla á que llamó á su enemigo en campo raso, no fué aceptada por el general español, siempre circunspecto y determinado á no aventurarse inútilmente con fuerzas inferiores, cuando aguardaba del tiempo una victoria mas segura. No permitian sus circunstancias al de Orange gastar mucho tiempo ocioso, por las mismas razones que hemos indicado en su primera invasion de los Países-Bajos. Una noticia vino á poner fin á la irresolucion en que se hallaba, y fué la de la matanza de los Hugonotes en París, de que hablaremos en adelante, ocurrida en 24 de agosto de 1572, y que destruia completamente sus ilusiones sobre la próxima ruptura entre el rey de Francia y el de España. Hizo este acontecimiento en los franceses que le acompañaban una tristísima impresion, y viéndolos en vísperas de amotinarse, determinó el príncipe levantar el campo, padeciendo muchas pérdidas en su retirada, pues el duque de Alba destacó un cuerpo de ejército que le siguió los alcances toda aquella noche, matándole mas de quinientos hombres, sin dejarle un momento de descanso en sus cuarteles, pues algunos de los enemigos llegaron hasta su misma tienda, y le hubiesen asesinado sin la alarma que dió el ladrido de sus perros. Continuó el príncipe su marcha penosa hasta Delft, en Holanda, mientras su hermano, el conde de Nassau, sin poder ya conservarse en Mons, entregaba la plaza al español, bajo las condicio-

nes de dejar salir la guarnicion, á cuyo frente se dirigió á Dilemburgo, en Alemania.

Entró el duque de Alba victorioso en Mons, y sus tropas recobraron con toda brevedad todos los pueblos y plazas de que se habia apoderado el príncipe de Orange. Si éste cometió excesos en su escursion por el Brabante, no fué menos el rigor con que abusaron de su victoria las tropas españolas. Hizo el duque de Alba castigos muy ejemplares en cuantos se suponian de la parcialidad de su enemigo. Malinas, que no habia querido admitir guarnicion española antes de ocuparla el príncipe de Orange, fué entregada á saqueo por espacio de tres dias. Excitó el rigor de estas represalias muchas nuevas murmuraciones contra la severidad del duque de Alba, y éste tuvo que justificarse por medio de un manifiesto que, como puede suponerse, no llevó la conviccion al ánimo de sus irreconciliables enemigos.

El príncipe de Orange, aunque fugitivo y sin ejército, encontró en las provincias septentrionales las mismas simpatías de que habia sido objeto tantos años. Estaba ya profundamente arraigado en ellas el odio al yugo español, el espíritu de propia independencian, y sobre todo un celo ardiente por el nuevo culto religioso. Fué desde entonces considerado el de Orange como el jefe civil y militar del país, y reconocido como tal por sus estados reunidos en Dordrecht con este objeto. No ignoraban aquellas provincias que, reducidas ya á la obediencia del rey las del Mediodía, se dirigirian contra ellas las armas de los vencedores.

En efecto, mientras el duque de Alba se restituia á Bruselas, se encaminaba su hijo don Federico con una fuerte division á la provincia de Güeldres, apoderándose de la plaza de Zutphen que tambien entregó á saco. Por su parte penetraba el capitán Mondragon por la provincia de Zelanda con dos mil hombres, y haciendo con ellos una expedicion por mar, tomó toda la isla de Valckren, de que se habian apoderado los contrarios. Con igual

rapidez se dirigió don Federico desde Zutphen á Nardem, que saqueó é incendió, habiendo hecho pasar la mayor parte de sus habitantes á cuchillo. Mas no fué tan dichoso delante de los muros de Harlem, á cuya plaza, mandada por un jefe holandés llamado Riperda, puso sitio, habiéndose negado los habitantes á abrirle sus puertas, rechazando con desden el perdon con que los brindaba. Habian irritado de nuevo las violencias de los españoles el odio de las poblaciones, y los Mendigos maritimos continuaban sus hostilidades con mas ardor que nunca. Se defendian los de Harlem con notable vigor y obstinacion, y el sitio de esta plaza ocupa con razon una de las principales páginas en la historia de las guerras de Flandes, tan célebre bajo cuantos aspectos se la considere. La perseverancia en la defensa fué tan obstinada, y tantas las molestias sufridas por los españoles delante de sus muros, que se resolvió don Federico á levantar el sitio, comunicándose así á su padre; mas éste desde Bruselas se lo reprobó con los términos de la mas viva indignacion, amenazándole con que enfermo como se hallaba en cama, iria á ponerse en persona al frente de sus tropas para continuar el sitio. Algunos añaden que el duque, queriendo estimular mas el pundonor de su hijo, llegó hasta decirle, que si no tenia valor para concluir la empresa, mandaria llamar á su madre para que viniese á darle ejemplos de animosidad y de constancia. No era necesario tanto para que don Federico renovase con ardor el sitio; mas en igual grado creció la noble obstinacion de los de Harlem, resueltos á sepultarse, antes que rendirse, entre sus muros. En vez de templar el enojo de los sitiadores, le provocaban con estudio, haciéndoles burla y escarnio desde sus murallas. Como Harlem era el principal asiento de la rebelion, y se habian cometido allí mas que en parte ninguna profanaciones de los templos, colocaban sus defensores las imágenes de la Virgen y de los santos en sus muros, y celebraban farsas religiosas, con lo que ardian mas en coraje los españoles,

tan celosos contra tamaños desacatos. A estas burlas añadian los de Harlem la ofensa positiva de colgar muchos prisioneros de sus muros; y una vez que los sitiadores les lanzaron la cabeza de un jefe que marchaba con tropas en su auxilio, respondieron los de Harlem arrojando once al campo español, diciendo que las diez representaban la décima impuesta por el duque de Alba, y la undécima el interés de una deuda tanto tiempo diferida. Se dice que entre los defensores de la plaza se contaba un cuerpo de mujeres esforzadas, cuya capitana se llamaba Kenaba, que no solamente tomaban parte en todos los peligros, combatiendo personalmente, sino que trabajaban con notable ardor en el reparo de las fortificaciones.

Duraba ya mas de ocho meses el sitio de esta plaza célebre. Habiéndose concluido todos los recursos en municiones y víveres de los sitiados, y medio derruidos los muros por la artillería enemiga, que hizo contra ellos mas de diez mil disparos, cantidad enorme para aquellos tiempos. Viéndose ya en tanto aprieto los de Harlem, trataron de hacer una salida, y de perecer todos entre las filas españolas; mas fueron detenidos á las puertas por los llantos de las mujeres y de los niños, y la plaza rendida á discrecion, agotados ya todos los medios de defensa. Se concibe bien los rigores que ejercerian contra los vencidos, unos vencedores irritados con tan terrible resistencia. Fueron horribles los castigos que hizo ejecutar don Federico en los principales motores de la defensa, en los que habian tomado mas parte en la pasada rebelion, en los que se habian distinguido mas en el pillaje y profanacion de los templos. A mas de trece mil personas se hace ascender la pérdida de las dos partes. Fué muy grande la experimentada en el campo de los españoles, y la toma de esta plaza debilitó tanto las fuerzas de don Federico, que tuvo que levantar el sitio de la de Alemar que habia emprendido.

Mientras por tierra se conseguian estos triunfos, al-

canzaron los Mendigos una victoria en el mar contra el conde Bossut, gobernador de Holanda, y adquirieron desde entonces una superioridad que no perdieron nunca durante toda aquella guerra.

Con los hechos de armas que acabamos de referir, terminó el gobierno del duque de Alba en los Países-Bajos. El duque de Medinaceli, nombrado sucesor suyo, como ya hemos dicho, renunció el cargo, y en su lugar fué nombrado don Luis de Requesens, comendador de Castilla, de la Orden de Santiago, que se hallaba á la sazón en Barcelona. Partió éste en seguida para su destino, acompañado solo de dos compañías de caballería, y á últimos de 1573 llegó á Flandes, donde el duque de Alba le hizo entrega de su cargo, poniéndose en seguida en camino para España.

Produjo la salida del duque de Alba de Flandes diversas sensaciones, alegrándose unos de verse libres de lo que llamaban su azote, sintiéndolo otros por parecerles que esta misma severidad que distinguia su conducta, contribuia á fomentar el descontento y el odio con que era mirado el gobierno del rey en los Países-Bajos. En cuanto al príncipe de Orange, debió sin duda complacerse de la ausencia de un hombre, cuya habilidad y pericia militar habian puesto hasta entonces un obstáculo invencible á sus empresas; porque el talento y capacidad del duque de Alba en cuanto dice relacion á asuntos de milicia, era tan reconocida entonces por amigos y enemigos, como es hoy célebre en todas las historias.

En cuanto al rey de España, aunque en su córte abundaban émulos del duque y censores de su conducta, le recibió con afabilidad, como satisfecho de sus procederes. No hay duda de que la conducta observada por el duque en los Países-Bajos, habia sido aconsejada y hasta prescrita por Felipe. Por duro y riguroso que fuese, lo era mucho mas el rey de España; y si impuso castigos tan severos en los Países-Bajos, estaban en perfecta consonancia con lo que deseaba el amo á quien servia. No

podía éste, pues, quejarse de quien había observado con tanta exactitud sus instrucciones, y por lo mismo le conservó, á lo menos en la apariencia, en todo el favor de que había gozado en su corte durante tantos años. Mas con el tiempo, sea que estuviese en secreto descontento el rey de este servidor, ó por otras causas de importancia, recibió el duque de Alba orden de salir de la corte y retirarse á Uceda, una de sus muchas posesiones. Atribuyen algunos esta desgracia, á que habiendo su hijo don Federico concertado su casamiento con una dama de la corte, se desposó con otra por consejo de su padre. Mas cualquiera que haya sido la causa de este cambio en el ánimo del rey, no desplegó el duque menos entereza de alma en su destierro, que al frente de los ejércitos de España. Ya veremos con el tiempo salir de la jaula este león, que en su vejez no había perdido el fuego y la valentía de sus primeros años.

CAPITULO XL.

Asuntos de Francia.--Consecuencias de la segunda tregua con los calvinistas.--Estado de los partidos.--Vuelta de las animosidades.--Excitaciones á una nueva guerra.--Se declara.--Batalla de Farnac.--Muerte del príncipe de Condé.--Enrique de Navarra.--Batalla de Montoncourt.--Nueva tregua.--Paz de San German.--Verdaderos sentimientos de la corte.--Favor de los calvinistas.--Descontento de los católicos.--Se ajusta el matrimonio de Enrique de Bearne con Margarita de Valois.--Va la reina de Navarra, madre de Enrique de Bearne, á la corte.--Su muerte en París.--Entrada en la capital del nuevo rey de Navarra.--Se celebran sus bodas con Margarita de Valois en Nuestra Señora de París.--Fiestas con este motivo (1).

1568—1572.

VOLVAMOS ahora los ojos hácia Francia, que de todos los estados no sujetos al directo poder del rey de Espa-

(1) Autoridades. Los principales historiadores de Francia, como Mezerai, el padre Daniel, Anquetil, Laetelle, Voltaire, Memorias y Correspondencias de Du Plessis-Mornay, de Thou, etc. Nos ha ser-

ña, era el que mas llamaba su atención, y donde influía de un modo mas eficaz y activo su política. Nada de cuanto pasaba en Francia se escapaba de su vista vigilante: de todo le daban las noticias mas exactas sus embajadores, y sacaba Felipe II algun partido para el arreglo de su conducta con sus gobernantes y personas influyentes. Nada hay que admirar en esta atención, en estos cuidados, en esta vigilancia, recordando que estaba encendida en Francia una guerra civil, en que se hallaban de un lado las doctrinas dominantes de la Iglesia católica, y en el campo opuesto las innovaciones introducidas por Calvino y demas sectarios, objeto de tanto odio y execración a los ojos de Felipe. Vecinos a Francia se hallaban sus estados de Flandes, donde cundían las mismas opiniones, a las que los calvinistas de aquel reino daban papulo. ¿Qué cosa podía haber de mas interes a los ojos del rey de España, que la extirpación de esta heregia, que el exterminio, si no había otro medio, de acabar con todos sus sectarios? Asi le hemos visto aconsejar hasta ahora al gabinete de Francia las medidas mas severas y rigurosas contra estos enemigos de la fe católica; asi en las conferencias de Bayona, aunque cubiertas con el velo del misterio, se trato de los medios de acabar de una vez con todos ellos, si otros expedientes no bastaban. Con los heresiarcas no comprendía Felipe II la posibilidad de paz ni tregua. Mas desgraciadamente para su política, la reina Catalina de Medicis no participaba de estos sentimientos tan ardientes, y aunque no se puede dudar de su catolicismo, no la desagradaba emplear el instrumento de los calvinistas, cuando encontraba en sus contrarios algun obstaculo a la preponderancia de que era tan celosa. En aquel pais y época de

vido particularmente de guía, *la Historia de la reforma, de la liga, y del reinado de Enrique IV*, por M. Capengue, obra alguna de tanto mas crédito cuanto que la mayor parte del texto se reduce á copias literales de toda clase de documentos de la época.